

Alone,

por Sofía Albert (Ontinyent, Valencia)
[Obra finalista del concurso literario “Panteón”,
organizado por la web LauraGallego.com en 2006]

Huir.

Aquello era todo lo que tenía en mente.

Alejarse, escapar, encerrarse en algún lugar frío y oscuro y no volver a ver jamás la luz de los tres soles.

Infligirse a sí mismo las heridas y el terror que había provocado en los demás.

Corrió durante toda la noche, destrozando a su paso la floresta del bosque de Awa, ignorando los gritos indignados y los proyectiles que le lanzaban los feéricos.

Ya no le importaba nada, porque lo había perdido todo. Primero, la esperanza, y después, su hogar. El honor lo había abandonado hacía tanto tiempo que no lo consideraba una pérdida, sino un recuerdo remoto de lo que había sido una vez.

No pudo evitar que las lágrimas asomasen a sus ojos, que recorrieran su monstruoso rostro.

De nada servía intentar contenerlas, porque se empeñaban en atisbar las tres lunas desde las comisuras de sus ambarinos iris.

Aulló a las lunas entre sollozos, sin detener su frenética carrera.

“Asesino”.

La palabra le martilleaba en la mente.

“Bastardo, monstruo, bestia maldita”.

Logró ver, entre lágrimas saladas, el linde del bosque.

“Engendro”.

Siguió corriendo sin volver la vista atrás, arrasando con todo lo que encontraba a su paso, dispuesto a seguir hasta la extenuación, aunque ello le costara la vida.

Aunque su vida, en aquel instante, no significara nada para él.

Perdió la noción del tiempo, el día y la noche. No sabía dónde estaba, pero se dejaba guiar por su instinto, y así, en lo que no sabía si habían sido días o semanas, llegó a su destino.

Nanhai, la tierra de los gigantes, yerma y helada.

Un lugar en el que esconderse, un lugar en el que no podría hacer daño a nadie. Un lugar en el que acabar con todo, en el que moriría solo, completamente solo. Y estaba seguro de que a nadie le importaría.

Sonrió amargamente mientras se dejaba caer sobre la fría nieve.

Cerró los ojos unos segundos, suspiró profundamente y volvió a abrirlos. Hacía tiempo que las lágrimas se habían secado, pero sus pupilas seguían estando brillantes, temblorosas.

Se incorporó, sin prestar atención a los múltiples cortes sangrantes que tenía repartidos sobre su cuerpo, que mostraba de nuevo su aspecto humano.

Y, a pesar del frío, a pesar de la sangre, del desconcierto y del lacerante dolor que sentía en todos los poros de su cuerpo y lo más profundo de su alma, tuvo fuerzas para gritar, para expresar su desolación, su ira y el último vestigio de su cordura.

Fue un solo grito potente que acabó por transformarse en un desgarrador aullido y que, aunque carecía de palabras, lo decía todo: el odio que sentía hacia Irial, aquella diosa luminosa que lo había abandonado cuando el espíritu del lobo se introdujo en su cuerpo; su resentimiento para con Aldun, que ni con sus llamas había sabido proteger al último hijo del fuego; sus injurias contra Yohavir, por no permitirle ver volar a aquella criatura a la que había dedicado su vida; su rabia hacia Neliam, por hacerle llorar todos los errores que había cometido; sus blasfemias contra Wina por haber permitido que cayera el escudo feérico; y su amargo agradecimiento a Karevan, señor de la piedra... que ahora lo acogía en sus vastas y solitarias tierras.

Sin fuerzas para seguir luchando, gritando, viviendo, cayó de rodillas al suelo. Su mente estaba inflamada de recuerdos que agujijoneaban su corazón como arpones.

Recuerdos de Jack, de Yandrak, la persona más importante de su vida, la criatura que le había traído la esperanza, su amigo, a quien nunca vería surcar los cielos.

Recuerdos de Amrin, su hermano pequeño, su único familiar, sangre de su sangre... aquel

con quien no podría volver a hablar.

Muertos.

Los dos.

Tendido bajo la luz inmisericorde de las malditas tres lunas, el ser que había sustituido a Alsan de Vanissar convulsionó los hombros, dio un puñetazo al suelo y lloró.